

# TRANQUILAMENTE, SIN PRISAS

Manuel Farill

Tranquilamente, sin prisas, como en cámara lenta, volteas a verlo. Ahí está. Es él. Miras su cara larga, sin expresión, con ojos pequeños y aparentemente reposados. Todo hace juego: tu actitud, su mirada. . . Te parece que lo estás viendo a través de un cristal empañado, o quizá tras de espesas capas de humo, como si estuviera sumergido en un líquido gris, y es él,

él que una vez te dijo todas esas cosas que te hacían sentir bien, él que a base de labia logró introducirse en tu cerebro.

Tu cerebro, que ahora sientes como abotagado, como si hubiera endurecido.

Y dice quién sabe qué cosas que tú no oyes ni entiendes ni quieres oír ni entender. Te lastiman las ondas sonoras que su boca emite y que insisten en llegar hasta donde las puedas analizar, desmembrar, te lastiman en diversos lugares a la vez; y sigue hablando de tú-y-yo, de qué-te-pasa, de qué-sientes, y tú nada más lo vez, impersonalmente, con su carota cerca de la tuya, separada apenas por el cristal, y te das cuenta de que siempre hay cositas que nunca le habías visto, como las arrugas pequeñísimas que parten de los extremos de sus párpados, como el lunar ése que ostenta cerca del puente de la nariz, como esa mancha casi imperceptible que lleva en uno de los dientes de enfrente.

Tranquilo, tranquilito, te dices, nada va a pasar en tanto yo no lo escuche. Dijo una vez: si me dejan hablar, ya se fregaron, y tú sabes que es verdad y no tienes ganas de que te friegue, y, por lo tanto, no lo escuchas; cierras tus oídos a sus palabras suaves y seguras.

Te subiste al carro, lo echaste a andar, palpaste la suavidad de la palanca de las velocidades, apoyaste tu pie en el acelerador y te fuiste. Eso hiciste y lo recuerdas bien. Demasiado bien. El iba a tu lado adulándote a más no poder, tú escuchabas

entonces sí escuchabas;

te dijo que nada más sería un momento de angustia y después, ah, después, la gloria, cuate; la verdadera papa, ¡mmmhh mmmhh! Tú oías todo lo que tenía que decir. Tus pies actuaban como nunca: cloch, acelerador, intervenía tu mano, cloch, acelerador, otra vez la mano, cloch, acelerador, acelerador, freno, tu mano/

la cosa estaba dura, pensaste. Sí, muy dura. Durazna. Tal vez, empero, valdría la pena, ¿al fin qué? Un ratito de angustia gustia ustia stia tia ia a y después la gglloorriiaa, la mera papiux; no, te dijiste, va contra mis principios, mascullaste, tus

principios

sagrados

y

molestos, tus Sagrados

Principios Molestos al fin y al cabo, porque molestan; sí, efectivamente. El hablaba, hablaba, bla bla/

Y ves su cara a un centímetro del cristal, notas cómo su vaho empaña

momentáneamente la tersa y pulida superficie y miras las alas de su nariz que se hinchan y deshinchan sincopadamente; sus ojos hablan más que su boca y prefieres verlos y oírlos a ellos que a aquella cavernita oscura, maloliente, llena de dientes y saliva espesa. Tu mano izquierda acude automáticamente a calmar la comezón que tu antebrazo derecho siente. La tela te estorba. Notas que hace mucho que no usas reloj, y que aquella marca de piel sin sol que lucías a veces en la muñeca izquierda tiende a desaparecer y no sabes si es porque también se está poniendo morena o porque todo tu cuerpo se está tornando pálido, demacrado, tal vez débil . . . Muchos ojos te miran, y quisieras saber qué es lo que piensa el dueño de cada par de ojos

estacionaste el carro junto a la banqueta, él se bajó; checaste visualmente el nivel del tanque de la gasolina, miraste la temperatura del motor: perfecto. Perfecto. El tardaba. Un ratito de angustia, de sobresalto, de escalofríos dolorosos y de temblor en las piernas. El tardaba, tardaba, tardaba, tardaba, tardaba tardaba tardaba tardaba tardaba . . . Un momentito de angustia, de desesperación, de ganas de ir al baño, o a donde fuera, a descargar todo lo que traías dentro, por donde saliera; un segundo bien invertido, eso era lo que estaba pasando, o no, y él tardaba. Y tardaba. Y no salía. Y el motor del carro palpitaba quedamente, sin darse cuenta de qué era lo que iba a pasar

el carro se estacionó junto al tuyo dejándote sin

espacio para maniobrar, para salir. Cuando lo notaste ya era muy muy tarde, mucho muy tarde, porque él sí se había podido largar y tú no, a ti te habían ensartado. Te bajaron del carro a tirones sin darte tiempo de apagar el motorcito palpitante, sin darte tiempo para pensar Dios, qué sucede, qué quieren, yo qué, a mí mis chicles. Nada. Hiciste el viaje tirado sobre el piso posterior del carro azulote, con la cara hacia abajo y las manos en la espalda, nada más oías el motor, los golpes de la suspensión y las palabrotas. Oías sin escuchar conversaciones lejanas y si me dejan hablar ya se fregaron. Ya te fregaron. Y él . . . dónde está él. Nada. Y ahora se te vuelve a aparecer y quiere que vuelvas a caer en su ya visible-y-conocida-trampa. Así no se puede. Nomás no. Por eso estamos como/

Y él sigue hablando y tú decides súbitamente no volver a escucharlo nunca. Oyes: nunca, y te levantas seguido de cerca por aquellos muchos pares de ojos, das media vuelta y te diriges, seguido por el vigilante, hacia la puerta que no te llevará a ningún lado, hacia esa puerta que parece que no se abre nunca, sino que se cierra eternamente, que se cierra sin rechinos, que se cierra tras de ti mientras escuchas, ahora sí, cómo le ponen llave, y te diriges a tu crujía mientras que, satisfecho, te imaginas la cara que puso cuando te vio largarte sin haberle dicho nada y, lo que es mejor-peor, sin haberlo escuchado, y la risa te gana y te brota por entre los labios que se van abriendo mientras que tus ojos se llenan de lágrimas

saladas

que hacen que veas todo deformado y subacuático y que

de plano te impiden ver nada cuando escuchas el clanc con que la puerta de metal se cierra y te deja adentro

y entonces, tranquilamente,

sin prisas, como en cámara lenta, volteas a verlo y ahí está: con una cara que refleja una poca de lástima por ti y con su kepí azulote con su placa metálica.

Sí